

## ***VI- LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA*** ***Del tejido despótico al tejido convivial***

La idea central de la modernidad política es la de la igualdad del Esclavo ante el Amo, del que tiene y del que no tiene, del burgués y del asalariado, del hombre y de la mujer, del sabio y del hombre corriente. La otra idea es la de la equidad del ciudadano, la igualdad del desigual, del pobre, del otro, que funda el derecho abstracto de la igualdad de derechos. ¿Cómo puede ser esto viable en sociedades que siguen siendo, abierta o tácitamente, jerárquicas? La segunda cuestión que impide o hace meramente gesticulativo el ejercicio democrático, aunque se vaya a urnas y existan partidos políticos e instituciones aparentemente modernas, es la contradicción entre un derecho cuya función arbitral, al intervenir en las libertades y determinaciones generales, supone la separación de los individuos de la comunidad. El derecho moderno no puede realizarse si no se cuenta con individuos concretos que sean responsables al margen de su familia, grupo étnico, provincia o región. Por eso se señala cuidadosamente el momento en que se llega a la mayoría de edad. ¿Qué pasa en cambio en sociedades donde la producción de sujetos o seres humanos no es acompañada por la producción de individuos autónomos? ¿Si éstos faltan, como en nuestro caso nacional, y hay por un lado ciudadanos y por otro masas de ciudadanos de segunda clase, como señala Sinesio López, o de súbditos, como los llama Eduardo Dargent?

Estas páginas se elevan contra una inferencia. El error consiste en creer que si tenemos ciudadanos, vale decir, votantes, ya tenemos individuos. Y sin embargo, sabemos que no es así desde los días en que los terratenientes llevaban a sus peones a votar. De la misma manera que el caciquismo de los primeros años del siglo, el Estado y las autoridades manipulan abiertamente el voto mediante el uso de recursos fiscales para ganarse la adhesión de las masas de necesitados, nueva plebe o clientela. No nos hemos construido como una nación que tuvo primero individuos, vale decir, propietarios autónomos y luego votantes, sino al revés.

Sin intentar volver al tema de la oposición entre el colono anglosajón y el del sur latino, o entre protestantismo y catolicismo, la realidad es que difícilmente podemos salir de esa aporía. Lo que nace en la América del norte es un orden hasta ese día desconocido, con una religión laica, una concepción de la historia sin pasado, vuelta hacia el porvenir y una nación de inmigrantes que se funda en el voluntario desarraigo y en la adquisición, a la vez, de la propiedad y de la libertad. Huntington reconoce que mientras otras naciones se organizaron en torno a orígenes étnicos, a una lengua o a una cultura, la nación americana nació de un pacto político, constitucional. Como lo demostró Tocqueville, el fundamento de ese pacto es la negación de casi toda forma de jerarquía. Los individuos (incluso cuando eran coloniales) precedieron a los ciudadanos.

La civilización latinoamericana siguió otra deriva. No es suficiente decir que nació del acto conquistador, hay que agregar que arrancó ligado a la Contrarreforma. Fue un mundo tomista, con visión del mundo que establece y no combate el principio

jerárquico. Al contrario, todo se hizo para institucionalizarlo, el Estado patrimonial, las instituciones jurídicas o culturales, y el principio de adhesión a la fe, vivida como una concepción absoluta. Otras diferencias son llamativas, las elites coloniales en el norte gozaron de alguna autonomía, a diferencia del sur. Con todo, las Américas hispánicas no reprodujeron sino en parte el cuadro de vida peninsular, se alejaron lentamente en la medida que vivieron experiencias multiculturales ante una masa de población india o negra, pero en el curso de esa separación, que culmina con la independencia, se establecieron lazos sociales que impidieron una verdadera ruptura. América Latina entra en revolución a despecho, cuando el imperio español se desmembraba. La independencia es el resultado de una desagregación, ha dicho Octavio Paz, no de una revolución. Y el ciudadano, que es un producto complejo, se demora, lo que llega es el pueblo, la multitud, como dice Basadre, las muchedumbres con líderes y conductores, y los votantes. Pero cuidado, la ciudadanía no es un estado, es un resultado. ¿Cuándo un individuo se vuelve ciudadano? Cuando se integra a un grupo social, grupo cuyas modalidades de acción son determinadas por la ley. O como diría Rousseau, cuando la voluntad particular va a reunirse con la voluntad general (*Contrato*, I, I, 6, III). ¿Qué pasa, pregunto, cuando no hay legalidad o se la deja de lado alegremente, como en el curso de casi todo el siglo que acaba de concluir? La ley produce el ciudadano, no al revés.

Se entiende por qué insisto en los tejidos despóticos, por un lado, y por el otro en el proceso civilizatorio nuestro, que ha conducido a un tipo de sociedad más bien jerárquica que igualitaria. Sólo si asumimos esa condición, dejando de lado mitos y creencias que nos habitan, podremos comprender en dónde y cómo se genera “la servidumbre voluntaria” y de qué manera, operativa y lúcida, a través del enfrentamiento a tradiciones nefastas, podremos entrar en democracia, entendida como ruptura y no como continuidad de las formas culturales que hasta ahora la han impedido, en las que no hay que inscribir únicamente la pobreza económica sino agregar los comportamientos. Hay naciones más pobres que nosotros, pero profundamente democráticas. La riqueza de las naciones no vuelve necesariamente más tolerantes a los pueblos. La democracia no es sino, finalmente, una forma de regulación de la competitividad política, pero siempre es una novedad, y viene a oponerse a las formas autóctonas de poder, de donde provienen formas de autoridad y legitimidad que no reconoce. En Europa pudo ser la antigua nobleza. En el medio oriente, sultanatos, emiratos. Aquí, el caciquismo provincial, el caudillismo presidencial, el liderato mesiánico. En un caso no se reconoce el valor de los individuos. En otros se confunde política y religión.

Es difícil definir la formación psicosocial de la identidad en una sociedad como la peruana, donde no hay una cultura sino varias, yuxtapuestas en el tiempo. ¿Qué nos forma? Diría, sin proponer llegar a una cultura fusional, que pueden distinguirse varios sistemas de cultura coexistentes, cada uno formado en principios filosóficos, o en sapiencia popular, diferentes. Hay una cultura india o precolonial con sus propios principios estéticos, éticos y de organización social, como sabemos, atenuados, modificados, pero no desaparecidos del todo. Hay una cultura española, y no me

refiero solamente al aporte arquitectónico de la plaza, la iglesia, el trazo urbano, ni a los animales y plantas adoptados, sino en el orden mental, esencialmente tomista, con un orden jerárquico de valores y de organización de la sociedad. Un tercer sistema vino a encaramarse a los otros, en el siglo XIX, tomando en parte la influencia francesa e inglesa, aunque nunca avanzó la secularización de la religión, ni la ciencia positiva ni el comercio internacional fueron una pasión republicana. Algo hubo de “ilustrados”, en muchos casos al lado de los Caudillos y Presidentes. Un cuarto sistema cultural se expande en el siglo XX, en el que pueden reconocerse los valores político-sociales del capitalismo y, a la vez, una cultura marxista crítica. El fin de siglo echa una nueva capa a todo eso, con la globalización, sus admiradores y detractores. Un rápido vistazo a estas sucesivas “culturas” indicará que pocas incitan a ser libres. Y rara vez se invita a la “tabula rasa”, acaso González Prada y algún momento del aprismo insurreccional, o algún sueño libertario y campesinista por los sesenta. La cultura, y en consecuencia la cultura política, tiende a la reproducción y no a la ruptura. Es integración y no alteración.

Las tradiciones, india y española, conspiran contra nuestra modernidad. La matriz colonial que las reúne y enfrenta, es decisiva. A diferencia de las sociedades occidentales, que observó Tocqueville, no cuenta el individuo aislado, cuenta el hombre dentro de una red, una corporación, unas comunidades, una villa, una región. Cada individuo está unido a un tejido de seres vivos, y en algunos casos, a sus ancestros, caciques o criollos nobles, a redes de relaciones sociales. Este universo marcado por la importancia del nexo social entre los hombres (y mujeres) es un mundo de oposiciones y antagonismos no sólo de clase, sino de rivalidades entre los grupos cercanos o que se parecen. Una paradoja de ese mundo de tejidos sociales es su relación con el poder. Tienden a escapar al poder estatal. Tiende a controlarlo, o en su defecto, a impedir que se establezca del todo. El Perú se desarrolló sin el Leviatán del Absolutismo. Tuvo República sin contrato social. Y espera ahora la Globalización, que lo libre de la ley local.

La idea del tejido despótico implica su par contrario, que el tejido puede no ser tanático sino materia de convivencia y de vital reciprocidad. El tejido puede ser sano cuando lo constituyen sociedades de vecinos, campesinos, mujeres; pero no es la condición de éstos lo que determina que sean sanos, es su capacidad de establecer un conjunto de normas explícitas de convivencia. Cuando buscan fines, y no solapadamente, cuando el triunfo de un grupo no signifique la exclusión del otro. La democracia es un asunto de procedimientos, de conductas.

Si todo esto es cierto, nos hallamos ante una evolución diametralmente opuesta a la seguida por las naciones occidentales. Éstas, para llegar a la modernidad política, perdieron el sentido de la comunidad y, casi, del autogobierno (salvo algún aislado cantón suizo). En efecto, el proyecto histórico de la modernidad occidental establece el universalismo de la razón sobre los particularismos. Éstos fueron vividos como una fuente permanente de pugnas sangrientas, como la guerra de los Treinta Años, las rivalidades regionales o cantonales. Así, el Estado universalizó los derechos hasta en las comarcas más alejadas. El progreso fue de lo general contra lo local, es decir,

lenguas o costumbres o religiones, consideradas subsidiarias. Surgieron los individuos autosuficientes, se marchitaron las diferencias culturales, los particularismos. Ese camino llevó al ciudadano moderno, disciplinado, dueño de sus actos; también llevó a un mundo de solitarios, al egoísmo, al narcisismo, y por la imposición de responsabilidades asumidas aisladamente, a la neurosis. Roto el tejido de lo colectivo, parte del proceso civilizatorio actual en Occidente consiste en que los mismos hombres y mujeres nacidos en el individualismo, intenten reconstruir las antiguas redes, crear nuevas, hacer más humano el mundo eficaz en el cual viven. Toda civilización tiene su contraparte. Su propia barbarie. En el mundo contemporáneo y en las sociedades ricas, el infierno es la soledad.

El ingreso a la modernidad política de las civilizaciones no completamente occidentales (que es nuestro caso) es probable que no siga el mismo rumbo. De hecho, la revolución de la aparición del individuo, de la secularización, del nihilismo democrático ante las creencias, no se ha producido. No se trata de saber si este proyecto o evolución es mejor (en todo caso, ha producido las sociedades del capitalismo moderno), se trata de saber si en otros espacios culturales hay que esperar. ¿Esperar qué? ¿Que aparezcan los individuos, por ejemplo, fundamento de la responsabilidad en el esquema democrático clásico de Rousseau a Tocqueville? ¿O que disminuya el peso tradicional de las creencias religiosas? A lo que hay que prepararse es que ocurra lo contrario. Que las culturas vernáculas se afiancen más, ante el peligro de ser devoradas por la globalización. Y que el sentimiento de lo religioso, sea cual fuese la religión, sirva de protección ante una modernidad que es la tolerancia de los que no creen ya en nada. La humanidad del “eterno presente” del que ha hablado el filósofo Kojève, que prefigura el “american way of life”, el género de vida propio del Estado poshistórico, satisfecho, y del retorno del hombre a la animalidad<sup>1</sup>.

No estoy diciendo que la evolución de la parte inmensa de la humanidad que no pertenece a la civilización occidental está condenada a no entrar a la modernidad política. La democratización del mundo entero, en países ricos y en pobres, es un hecho de estos días, y producido por olas ha dejado muy pocos espacios sin afectar. La marejada democratizadora, arrancando de España, y Portugal y Grecia, no se detuvo hace veinte años en la Europa mediterránea, sino que barrió la América Latina, el África, los países del ex bloque soviético. Pero es probable que la América Latina no ingrese por los caminos que siguiera en el primer movimiento de democratización, hace dos siglos. La democracia liberal (o las formas más parecidas a la misma) no tiene por qué afirmar un Estado-nación contra las comunidades, al contrario. La transición democrática, el establecimiento de los derechos humanos es probable que se acompañe de una temática adicional, los particularismos. No sólo el derecho a ser iguales sino el derecho a ser diferentes.

Las condiciones históricas de la producción de la modernidad son diferentes, y darán estados democráticos, pero distintos. ¿Qué pueden tener, sin embargo, los estados viejos y los nuevos, que haga de uno y de otros democráticos? Una sola cosa en común, el poder coercitivo de la ley. Pero las naciones llegadas a la democracia en

el siglo XXI provienen de la complejidad y de la heterogeneidad. De alguna manera, el antiguo régimen sobrevivió y fue mitigado por la modernidad, sin desaparecer del todo. No tuvieron apogeos pero tampoco decadencias, ni agonías extremas ni exaltaciones expansivas o imperiales, guardaron todo, lo reacomodaron, la primavera y el invierno de las fases culturales. No vivieron sobre un sentido sino sobre varios. No rompieron casi con nada, acumularon. Así, para las formas políticas, serán en consecuencia sociedades a la vez modernas y un tanto antiguas. Guardarán del pasado la lealtad de los grupos, y a la vez, poco a poco, la conquista de la libertad de los individuos. ¿Existe alguna sociedad donde pesan los individuos y pesa lo colectivo, lo social, las tradiciones? Al menos conozco un par. Por un lado, España después de su Transición democrática. No me refiero únicamente a sus instituciones políticas sino a su modo de vida. En plena modernidad capitalista y consumista, los españoles se dan maña para no perder sus tradicionales hábitos de sociabilidad y trato humano. Son el pueblo más sociable y probablemente más satisfecho de Europa. Contar con el confort moderno no les impide salir a bares y plazas, hacer lo que más les gusta hacer, como observó Ortega y Gasset, a hablar, conversar, gastando diez veces más que sus vecinos europeos en un ocio compartido y no individual. Hay por otra parte, una sociedad asiática que funciona con un código social jerárquico, de castas, mientras en lo político constituye, por su número, la mayor democracia del planeta. Habitada por una modernidad de partidos, elecciones y consensos, heredada del antiguo ocupante colonial, el inglés, y a la vez, con una estructura social desigualitaria que remonta los milenios. Esa sociedad es la India. Después de su independencia en 1947, y pese a condiciones difíciles — 950 millones de habitantes de los cuales 38% viven bajo el zócalo de pobreza y un 48 % son analfabetos —, la India es uno de los raros países no occidentales que practica la democracia política, con elecciones que tienen lugar regularmente, con un sistema pluralista de partidos, donde existen contrapoderes, como la prensa, la justicia, los gobiernos locales. Quienes conocen a fondo el enigma hindú sostienen que es precisamente la extrema heterogeneidad lo que los lleva a vivir bajo acuerdos en esa democracia atípica para no despedazarse<sup>2</sup>. He ahí un ejemplo de cómo el tejido social deja de ser despótico y se vuelve convivial, asociativo, incluso pleno de rivalidades, pero en todo caso, rivalidades sometidas a la ley.

Por un lado o por el otro, todo nos conduce a la Ley, al contrato social, la sola garantía en sociedades criadas bajo principios jerárquicos para evitar una interminable fijación despótica. Un contrato que no venga de los dioses, ni de los líderes, sino de los parlamentos, los ciudadanos, la urbe. De la propia sociedad que establezca por sí y ante sí su propia racionalidad. La democracia no es sino, después de todo, decía Castoriadis, la forma de la autoadministración. La primera modalidad de convivencia humana que no se funda en forma alguna de trascendencia, puesto que todos sabemos que la ley viene de otros seres humanos. Y que, en consecuencia, puede ser constantemente corregida. Esa incompletud, esa debilidad, es su paradójica fuerza.

## Notas

<sup>1</sup> Alexandre Kojève. *Introduction à la lecture de Hegel*. Paris, Gallimard, 1947, pp. 435-437.

<sup>2</sup> Christophe Jaffrelot. “La Démocratie en Inde, Religion, caste et politique”. En: *L'espace du politique*, Fayard, 1998.

bloghugoneira